

Mi experiencia en el sistema educativo español¹

My experience in the Spanish education system

Carlos Blanco

Universidad Pontificia Comillas, España

Introducción

Ante todo, quiero agradecer la invitación de los organizadores para participar en este congreso sobre innovación educativa.

Debo aclarar que no soy experto ni en metodologías de enseñanza ni en pedagogía, por lo que es probable que cualquiera de los asistentes sepa más que yo sobre estos temas. Los convocantes me han convencido con el argumento de que una reflexión sobre mi experiencia en el sistema educativo español podría resultar interesante para los objetivos de la conferencia.

Aunque trabajo en el mundo educativo y, como profesor universitario, he tenido que realizar varios cursos sobre herramientas digitales y metodologías docentes, no he profundizado en las teorías actuales sobre los procesos de aprendizaje. Sin embargo, siempre me han llamado poderosamente la atención determinados aspectos filosóficos en torno a la esencia y la finalidad de la educación, su evolución a lo largo de los siglos y, sobre todo, cuáles son las diferencias metodológicas entre las distintas ramas del conocimiento. Puede parecer una obviedad, pero resulta innegable que no es lo mismo enseñar una asignatura científica que una materia humanística, como la filosofía o la historia. La pedagogía y el uso de herramientas que permitan innovar en estas áreas se centran en los métodos de transmisión, en las estrategias de aprendizaje más que en los contenidos. Los contenidos varían demasiado de un ámbito a otro, lo que puede generar escepticismo sobre la viabilidad de diseñar estrategias pedagógicas verdaderamente universales. No es lo mismo impartir un curso sobre ecuaciones diferenciales que uno sobre historia de Roma.

Hay una cita que siempre he considerado inspiradora. Cuentan que uno de los reyes lágidas de Alejandría (imagino que Ptolomeo I) conoció al famoso matemático Euclides. Dado que él era el soberano, quería un método de aprendizaje distinto al que emplearía cualquier plebeyo o súbdito suyo. ¿Cuál fue la respuesta de Euclides? “Majestad, no existe una vía regia a la geometría”. Tanto el rey como el más humilde de sus súbditos tienen que aprender la geometría de la misma manera. Es un proceso en el

¹ Transcripción parcial de la intervención de Carlos Blanco en el I Congreso Virtual en Investigación e Innovación Educativa, organizado por REDINE.

Suggested citation:

Blanco, C. (2018). Mi experiencia en el sistema educativo español. In REDINE (Ed.), *Innovative strategies for Higher Education in Spain*. (pp. 1-7). Eindhoven, NL: Adaya Press. <https://doi.org/10.58909/ad18944667>

que es posible ayudar -de hecho, el maestro influye mucho-, pero se trata de una tarea esencialmente individual. Por ello, en el mundo de la educación siempre tenemos que prestar atención a dos grandes ámbitos: a lo que aporta el profesor (y la calidad de un sistema educativo depende en gran medida de la calidad del profesorado, de su formación, de su familiaridad con estrategias docentes innovadoras..., pero sobre todo de su conocimiento real de la asignatura y de cómo logre transmitirla) y lo que pone el alumno: su motivación, su capacidad intelectual, su trabajo, su esfuerzo... En ciertas materias, el trabajo y el esfuerzo del alumno son insustituibles. Por excelentes que sean el profesor y las estrategias educativas aplicadas, si el alumno no trabaja lo suficiente es altamente improbable que asimile los contenidos. En las ciencias naturales, sobre todo en las más abstractas, como la matemática y la física, el trabajo solitario del alumno es básico. Ha de conjugarse, por supuesto, con la guía de un buen profesor, pero nadie puede aprender por nosotros ecuaciones diferenciales. En las humanidades, el profesor puede ofrecer una perspectiva tan útil y luminosa, tan capaz de plantear cuestiones interesantes y de brindar grandes estrategias sobre cómo abordar un tema, sobre a qué autores leer y a cuáles descartar, que, salvo en algunos casos, la oportunidad de haber escuchado a un gran maestro es casi tan relevante como el trabajo individual del alumno.

Por su propio concepto, mi experiencia en el sistema educativo español es ametodológica. No puedo organizarla de manera tan sistemática como si hablase de un ámbito más impersonal y objetivo. Primero reflexionaré sobre la relación entre educación y tecnología y después haré referencia a algunos elementos biográficos sobre mi experiencia como alumno y como profesor, para finalmente proponer ciertas consideraciones generales sobre el futuro de la educación.

Educación, tecnología e interdisciplinariedad

Todo el mundo habla sobre educación, y todos nos creemos facultados para hacerlo. Todos estamos, de hecho, de acuerdo en que el margen de mejora en España es muy amplio, pero siempre es más sencillo criticar que ofrecer soluciones realistas y reconocer los progresos realizados.

Cuando aseguramos que el sistema educativo de hace décadas era mejor que el de hoy a menudo olvidamos que gravitaba en torno a métodos memorísticos, dogmáticos, donde el profesor desempeñaba un papel cuasi divino, hierático, sacerdotal, que a mi juicio mermaba el florecimiento de la creatividad de los alumnos y el cultivo de su deseo de aprendizaje. Además, vivimos en un mundo muy distinto. El conocimiento ya no es patrimonio de los profesores o de las universidades. El alumno de hoy tiene un mayor acceso a las fuentes de información y a la integración de perspectivas, porque cada vez más gozamos de mayores posibilidades no sólo de adquirir datos, sino de escuchar a grandes mentes que nos ayuden a procesarlos adecuadamente. En este sentido, el rol del profesor, al menos en la universidad, cada vez está más cuestionado. ¿Qué puede aportar el profesor, cuando en Youtube o en ciertas plataformas podemos escuchar, por ejemplo, a grandes eminencias humanísticas?

La famosa distinción de T.S. Eliot entre información, conocimiento y sabiduría es muy ilustrativa sobre esta evolución de la tecnología y de la sociedad. Cada vez podemos acceder a mayores cantidades de información, pero no siempre extraemos las consecuencias correctas de semejante multiplicidad de datos. Creo que el profesor está llamado a convertirse en una figura de reminiscencias socráticas, que acompañe mayéuticamente al alumno en el itinerario educativo, en vez de reemplazarlo o de erigirse en una autoridad desde cuyo pedestal imparte conocimientos, como Zaratustra que baja de la montaña y difunde su sabiduría a los pobres ignorantes. Hoy ya no puede ser así. Vivimos una de las más profundas revoluciones, difícil de valorar, pues se está produciendo ahora, y siempre es complicado juzgar el presente (sólo Hegel se atrevió a decir, al ver a Napoleón entrando en Jena, “he visto la historia a caballo”, la encarnación del espíritu universal en ese momento y en ese lugar precisos).

En ciertos períodos de la historia, las transformaciones han sido tan súbitas y directas que los coetáneos podían adquirir conciencia de estar viviendo una auténtica revolución. La nuestra penetra de modo mucho más sutil y en ocasiones imperceptible. Sus consecuencias son enormemente democratizadoras para la humanidad. El acceso del individuo al poder es cada vez más fácil, pues pocas cosas pueden permanecer escondidas, menos aún potestades ilegítimas. Sin duda, este proceso comporta problemas muy graves, como el auge de las noticias falsas, la diseminación de posverdades, el fomento de los populismos... Pero la parte positiva remite a un radical cuestionamiento de la autoridad intelectual. El individuo puede hoy hacer mucho más por sí mismo que antes. Disfruta de una capacidad de acceso inconmensurable a la información y a la posibilidad de relacionar datos. Antes era mucho más complicado, por ejemplo, leer revistas científicas y artículos sin una suscripción. Hoy podemos leer los artículos escritos en las grandes universidades y contemplar de primera mano cómo piensan las grandes mentes (no sólo saber lo que dicen, sino leer su artículo, ver cómo trabajan, cómo estructuran sus ideas...). Así, el proceso creativo puede desmitificarse paulatinamente, para incentivar a que muchas más personas se sientan capaces de realizar una aportación significativa al conocimiento. ¿Cómo se aprende filosofía? Leyendo obras maestras de filosofía. ¿Cómo se aprende a escribir un buen artículo científico? Leyendo buenos artículos científicos. Incluso en regiones recónditas del mundo podrían producirse grandes contribuciones. El caso de Ramanujan no tendría por qué ser excepcional.

Sin embargo, hay tanto contenido virtual que Internet puede convertirse en una selva, espesa y salvaje, anárquica y desorientadora. Jerarquizar a veces es negativo, pero en el conocimiento es siempre necesario discriminar la información importante de la irrelevante. Hay verdades más fundamentales que otras, y autores más fiables que otros. En Internet no siempre es fácil encontrar esta jerarquización.

Semejante revolución en el acceso a la información y en la democratización del conocimiento está llamada a transformar profundamente la educación. Prefiero ser optimista y no resignarme ante la frontera impuesta por una realidad concreta. Prefiero pensar desde la realidad, pero más allá de la realidad. Y, en este sentido, creo que a partir de ahora resultará más factible fomentar la interdisciplinariedad. Se menciona mucho este

concepto, y muchas veces uno tiene la impresión de que estamos ante un concepto vago y ambiguo (como cuando hablamos de “Big Data” para dar la sensación de que aludimos a un proceso complejo, vanguardista y sofisticado, cuando muchas veces ni siquiera sabemos en qué consiste). Es el problema de la extensión de un concepto, que si se exagera lo despoja de “intensión”, esto es, de especificidad semántica y de hondura significativa. No obstante, creo que la interdisciplinariedad seria y profunda, no meramente ecléctica, no limitada a yuxtaponer ramas del conocimiento, sino afanada en discernir las conexiones entre las distintas ramas del conocimiento, adquirirá una mayor importancia de ahora en adelante. La realidad es unitaria, el mundo es unitario, y la mente humana busca esa unidad que progresivamente nos revela la ciencia.

La pedagogía es eminentemente interdisciplinar. No cabe trazar fronteras infranqueables entre ramas del conocimiento (al menos, si las detectáramos, deberían dejarnos insatisfechos). No podemos pensar sobre pedagogía sin tener en cuenta las aportaciones de la neurociencia, sus investigaciones sobre el funcionamiento de la mente humana, sobre el procesamiento cerebral de las emociones, de los contenidos, de la información sensorial de distintas modalidades, de las percepciones..., áreas en las que se han realizado avances muy notables (pensemos en los trabajos de Semir Zeki). En cualquier caso, no basta con aprender formas y métodos de transmisión, sino que es necesario asimilar contenidos. Reitero que no es lo mismo enseñar geometrías no euclídeas que historia de Egipto. Cambian imperiosamente las metodologías.

He de admitir que desde algunos años me fascina la neurociencia. Tuve una especie de visión epifánica cuando comprendí que los grandes problemas filosóficos desembocan en la neurociencia, porque las preguntas fundamentales las formula la mente humana, el cerebro y su funcionalidad. Por ello, leí mucho sobre neurociencia, acudí como oyente a clases de neuroanatomía..., y me convencí de que la neurociencia constituye el puente por antonomasia entre las ciencias naturales y las ciencias humanas. Marx dijo que algún día unificaríamos ambas, y existiría una sola ciencia. Esta fusión viene de la teoría de la evolución y, más aún, de la neurociencia.

El futuro de la educación

Puede parecer ocioso insistir en la importancia de la educación. Los políticos y los no políticos abusan de este término. Pero si profundizamos en el tema, nos percataremos de que el mayor instrumento conocido para el progreso es la educación. Nos libera de dos grandes determinaciones que restringen las posibilidades del individuo: las fuerzas de la naturaleza (y educación es conocimiento de la naturaleza; cuando uno conoce algo, ya no lo teme; lo más relevante, más que las verdades concretas conquistadas, es el desarrollo de un espíritu crítico que nos permite cuestionar el mundo y transformarlo) y las rigideces sociales (el mayor ascensor social es la educación). Al conocer otras culturas y modos de pensar, aprendemos a desprendernos gradualmente de nuestras pequeñas lentes, de nuestras angostas perspectivas.

Vivimos en sociedades muy injustas. Muchas veces la educación no garantiza ese ascensor social. Persisten transmisiones atávicas de un poder que sólo ostentan quienes han estudiado en determinados colegios y universidades o poseen ciertas conexiones sociales. No obstante, creo que con la tecnología cada vez será más difícil preservar esas rígidas estructuras de acceso al poder. Lo que contará, lo que se valorará, es lo que el individuo haga, no sus apellidos o el lugar en el que haya estudiado. He conocido a personas que han acudido a grandes universidades, pero que me han decepcionado intelectualmente (“...*Salamanca non presta*”). Nuestra sociedad tenderá a desdeñar lo opaco, lo oscuro, lo que no es transparente, lo que no se basa en aportaciones reales y meritorias, precisamente por ese grado de apertura y de acceso a la información que propicia Internet.

Por tanto, la cuestión reside en cómo optimizar la transmisión del conocimiento para que no sea sólo transmisión de contenidos. La transmisión de conocimientos es condición necesaria del proceso educativo. No se trata de aprender métodos etéreos: hay que aprender contenidos concretos. Sin embargo, no es condición suficiente para configurar un buen sistema educativo, que realmente ayude a las personas a orientarse en las complejidades de la vida, a desarrollar su creatividad y a sentirse libres. Este proceso exige cultivar un espíritu crítico, que proviene de familiarizarse con determinados contenidos, de aprender, de desarrollar habilidades analíticas, de razonar... Por ello, es muy triste contemplar cómo muchos desdeñan la abstracción. Cuanto mayor sea el grado de abstracción de una disciplina, más beneficiará al desarrollo del cerebro. Nos ofrece más posibilidades. Es lo más útil y “elástico”. Luego buscaremos cómo aplicarlas.

La capacidad de aprender a conocer, más que el conocimiento en sí, es la esencia del progreso humano y de la educación. No enseñar algo, sino enseñar a enseñar; aprendemos cuando en verdad somos capaces de enseñar algo. Aprender a aprender -como tantas veces se menciona en el mundo del *machine learning*-, a hacerse cargo de unos contenidos y a poder difundirlos.

¿Cuál ha sido mi experiencia en el sistema educativo español? Muy ambivalente. No fui a guardería, y en preescolar recuerdo que me aburría mucho. No soy un buen ejemplo de alumno entusiasta. Siempre fui muy competitivo, quería sacar las mejores notas, pero me sentía alienado. Todo me parecía reiterativo. Intentaba evitar salir al recreo, y de hecho me ofrecí en el colegio Pablo Neruda para diseñar mi propio sistema de clasificación de los libros de la biblioteca (por fortuna, una profesora aceptó la idea y así pude evitar los recreos). Siempre me he considerado muy independiente. Prefería pasear solo a hablar con otros niños. Por ello, reitero que no soy el mejor ejemplo de un buen alumno, plenamente integrado en el sistema. No me gustaban las reglas. Era más ácrata. Si quería aprender algo, lo hacía por mi cuenta, en la biblioteca o, más tarde, en la Asociación Española de Egiptología: sumerio, egipcio... No quería someterme a ninguna barrera impuesta por el sistema educativo. Si deseaba algo, lo hacía. Tiene la ventaja de sentirse libre, de ponderar opciones, pero también presenta la desventaja del autodidactismo. Alabo el autodidactismo, pero a veces genera lagunas. Muchas veces es importante seguir reglas. Sin embargo, era consciente de que ningún sistema podría

nunca satisfacerme, por lo que decidí diseñar mi propio currículo educativo y no tener que responder ante autoridades ajenas a mi propio deseo de conocimiento.

Siempre he pensado que el sistema educativo español adolece de una rigidez excesiva. Es inevitable, porque si hubiera recursos infinitos podríamos adaptar el sistema a cualquier necesidad. El ideal son los *tutorials* de Oxbridge, pero en España carecemos de tantos recursos. No podemos personalizar plenamente el sistema. En cualquier caso, tengo la sensación de que nosotros pecamos del vicio opuesto. Pretendemos que todos los alumnos cumplan patrones y reglas uniformes.

Prefiero centrarme en los desafíos educativos del sistema español en el nivel universitario, que es el que mejor conozco (aunque dar clases en la universidad no implica haber reflexionado conscientemente sobre este aspecto). Ningún sistema educativo es perfecto, y siempre sucumbimos a un excesivo criticismo. Hay constricciones insalvables: económicas, políticas, territoriales, lingüísticas... Empero, todo sistema es perfectible. Además, tenemos que reconocer los logros, y no idealizar formas pasadas. Hemos evolucionado y necesitamos evolucionar.

En España se ha fomentado demasiado la memorización acrítica. ¿Es útil memorizar los nombres de los ríos de España? La memorización hay que dejarla para lo esencial. La mala historia y las malas humanidades son memorísticas; la buena historia es crítica, examina las grandes fuerzas y constantes que han movido la historia y relaciona datos.

Hacia una edad dorada de la educación: la tensión creadora entre fascinación y espíritu crítico

Quiero lanzar un canto de optimismo. Vivimos en una época asombrosa, fascinante, inspiradora para la educación. Nunca antes habíamos tenido tantas posibilidades de vivir una edad de oro de la educación. Nunca antes habíamos tenido acceso a tanto conocimiento, a tantos medios, a tantas estrategias, a tantas innovaciones, a tanta capacidad de intercambio y discusión, que fomentan el progreso del conocimiento.

¿Qué podemos entonces hacer? ¿Cuál es el sentido de la educación? En este mundo de exuberancia de posibilidades y de sobreabundancia de opciones estamos obligados a evolucionar. A partir de ahora, la educación universitaria se centrará más en el acompañamiento que en la instrucción. Un mínimo de instrucción siempre será necesario, pero el acompañamiento adquirirá un papel cada vez más preeminente. En España se usan muchos manuales y apuntes, pero no se fomenta –salvo honrosas excepciones– que el alumno desarrolle su propio criterio para acudir a las fuentes del conocimiento. Muchas veces no se leen directamente las fuentes y no se plantean nuevos problemas que no estén en los manuales (excluyo, lógicamente, las ingenierías y otras ramas técnicas y científicas; en filosofía hay graduados que no han leído directamente a Kant). Se transmite una ilusión de inmutabilidad del conocimiento, cuando es una realidad viva y cambiante, no dada y fija. Todo es discutible (salvo ciertas leyes lógicas, e incluso en ese

caso tengo mis reservas); lo que nos parece obvio es cuestionable siempre y cuando se argumente bien.

En este océano anárquico y disperso del conocimiento, el profesor desempeña un rol esencial, como mediador. Puede ayudarnos a jerarquizar, a formular bien las preguntas (a veces es más importante formular bien una pregunta que responderla, porque plantearla adecuadamente nos proyectará a otras preguntas). La ilusión de inmutabilidad no fomenta el espíritu crítico y no nos inspira a crear nuevos conocimientos. El profesor tiene que ser un árbitro, alguien que vea cómo se juega la partida, pero interfiriendo sólo lo justo y necesario. Estoy seguro de que se puede incluso demostrar empíricamente que sólo nos acordamos de aquello que en verdad nos ha interesado. ¿No es entonces más fácil permitir que el alumno descubra su pasión, para que destaque en ella? Este aspecto individual es, en mi opinión, clave.

Una de las tareas más apremiantes y complejas es la de combinar fascinación con espíritu crítico. Hay que promover la motivación, la admiración, la capacidad de asombro..., pero también el espíritu crítico, el cuestionamiento de los datos y de nuestros propios estados emocionales, muchas veces fácilmente impresionables. Un exceso de admiración nubla el espíritu crítico. Asistimos siempre a una tensión creadora entre fascinación y crítica, que hay que inculcar al alumno.

En síntesis, creo que el sistema español debe hacerse más activo, menos memorístico y menos dependiente de apuntes y manuales. El alumno ha de aprender a ordenar, a jerarquizar y distinguir los contenidos. En filosofía, lo importante es plantearse grandes preguntas, no aprender a recitar lo que dijo tal o cual autor. Además, la frontera entre ciencias y letras es borrosa. El mismo espíritu crítico permea el desarrollo de ambas áreas del saber y del pensamiento. Por ello, es necesario adoptar un planteamiento interdisciplinar en la pedagogía, que incluya la neurociencia. Y creo firmemente que cursar asignaturas humanísticas puede resultar muy útil para los científicos, como cursar asignaturas científicas puede serlo para los humanistas: distintos contenidos, pero una misma razón que busca explicar y unir.

El desafío es llegar a esa edad dorada de la educación, donde se transmitan contenidos, pero donde cada individuo adquiera también una conciencia de libertad y de posibilidades casi infinitas.

Carlos Alberto Blanco Pérez (Madrid, 1986) es profesor de filosofía en la Universidad Pontificia Comillas. Doctor en filosofía, doctor en teología y licenciado en química, ha publicado diecinueve libros, entre los que destacan *Athanasius*, *La Belleza del Conocimiento y Conciencia y Mismidad*, así como numerosos artículos de investigación en revistas nacionales e internacionales. Entre 2009 y 2011 fue Visiting Fellow en la Universidad de Harvard, becado por la Fundación Caja Madrid. A los doce años pronunció su primera conferencia en el Museo Egipcio de Barcelona (institución de la que había sido nombrado miembro honorario), a los trece escribió *El nacimiento de la civilización egipcia* y a los catorce publicó su primer artículo académico. A los veintiuno concluyó simultáneamente las carreras de filosofía, química y teología. Desde 2015 pertenece a la World Academy of Art and Science y en el 2016 fue elegido miembro de la Academia Europea de las Ciencias y las Artes, con sede en Salzburgo. Sus ámbitos de interés son los siguientes: la filosofía de la mente, la integración del conocimiento, la egiptología, la historia de las ideas y la filosofía de la ciencia (www.carlosblanco.es).
